

Castidad y amor



¡Ay de la castidad que no se practica por amor, pero ay del amor que excluye la castidad!

Estas son las palabras de Benoit Standaert, un monje benedictino, y creo que se pueden ser provechosas para nuestra cultura de hoy, donde, en detrimento de todos, los sexualmente activos y los comprometidos con el voto de celibato por igual, la sexualidad y la castidad son generalmente vistas como opuestas entre sí, como enemigas.

Lamentablemente, esta oposición no se comprende muy bien hoy en día, ni en nuestra cultura ni en nuestras iglesias. En nuestra cultura actual, la castidad se ve principalmente como una ingenuidad, una falta de sofisticación crítica, una cualidad que se honra y se protege únicamente en los niños. De hecho, dentro de la cultura popular actual, la castidad es frecuentemente despreciada y vista como una rigidez moral basada en el miedo. Irónicamente, en nuestras iglesias, muchos de nosotros que tratamos de defender la castidad no parecemos más saludables. Nunca vinculamos la castidad que defendemos con una espiritualidad lo suficientemente sana como para poder celebrar la sexualidad como un hermoso regalo de Dios que está destinado a ser vinculado a la exuberancia, la espiritualidad y el deleite.

La sexualidad y la castidad no son enemigos, como nuestra cultura e iglesias lo hacen parecer. Son diferentes caras de la misma moneda. Se necesitan lo uno a lo otro. La sexualidad sin castidad se queda

sin alma y no es respetuosa. Por el contrario, la castidad que se ve a sí misma como algo superior o divorciada del sexo terminará invariablemente en esterilidad, juicio e ira. ¡Ay de cualquiera de los dos, si no se toma en serio al otro!

Desafortunadamente, con pocas excepciones, nuestras iglesias nunca han captado bien la sexualidad; así como nuestra cultura, con aún menos excepciones, nunca ha captado bien la castidad. Uno busca, sobre todo en vano, una espiritualidad cristiana de la sexualidad que sea verdaderamente sana y que honre adecuadamente el maravilloso regalo que Dios nos dio en nuestra sexualidad. Asimismo, se busca, en su mayoría en vano, una voz secular que capte la importancia de la castidad. Cuando Moisés estaba de pie frente a la zarza ardiente y Dios le dijo: "Quítate los zapatos porque el suelo sobre el que estás parado es santo, Dios estaba hablando preeminentemente de cómo nosotros, como humanos, estamos de pie frente a los demás dentro del misterio del amor y la sexualidad. El sexo es vivificante sólo si se da y se recibe con el debido respeto.

La sexualidad, como sabemos, es más que el sexo. Cuando Dios creó a los primeros seres humanos, Dios los miró y dijo: "¡No es bueno para una persona estar sola!" Esto no sólo era cierto para Adán y Eva, sino para todos los seres humanos, todos los seres vivos y todas las moléculas y átomos del universo. No es bueno estar solos y la sexualidad es el fuego dentro de nosotros que en cada nivel de nuestro ser, consciente e inconsciente, cuerpo y alma, nos lleva más allá de nuestra soledad, hacia la familia, la comunidad, la amistad, la compañía, la procreación, la co-creación, la celebración, el deleite y la consumación. La sexualidad está ligada a nuestro instinto de seguir respirando y no puede separarse de lo sagrado que sentimos dentro de nosotros como criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios. Y, como energía, la sexualidad es sagrada, para nunca ser denigrada en nombre de algo superior o reducida a lo casual.

La castidad, como no siempre sabemos, no es ni siquiera un concepto sexual. Se trata de mucho más. La castidad es el respeto apropiado y la paciencia apropiada, no sólo por la forma en que estamos ante el sexo, sino por la forma en que estamos ante toda la vida. La castidad no es celibato, mucho menos frigidez. Uno puede ser célibe, pero no casto; así como uno puede ser sexualmente activo y casto. La castidad, bien entendida, no es antisexual; se esfuerza por proteger la sexualidad de su propio poder excesivo rodeándola de los filtros, la paciencia y el respeto necesarios, permitiendo así que la otra persona sea plenamente ella misma, permitiéndonos ser plenamente nosotros mismos, y permitiendo que el sexo sea lo que estaba destinado a ser, un don sagrado y vivificante.

Annie Dillard en *Holy the Firm* ofrece una interesante imagen de castidad. Ella describe cómo, un día, al ver a una mariposa luchar para salir de su capullo, cedió a la impaciencia. El proceso fue fascinante pero interminablemente lento; en un momento dado, ella tomó una vela y agregó un poco de calor al capullo. La mariposa entonces emergió más rápidamente, pero, debido a que el proceso no había tenido el tiempo y la libertad necesarios para desarrollarse en sus propios términos, la mariposa emergió con las alas dañadas.

No se había dado al orden natural de las cosas su debido valor, una falta de castidad, una impaciencia desacertada, una prematuridad que causa cojera en la naturaleza.

La sexualidad y la castidad se necesitan mutuamente. La sexualidad trae la energía, el anhelo, el fuego y la urgencia que nos mantienen conscientes, consciente e inconscientemente, de que no es bueno estar

solos. Si lo apagamos, nos volvemos estériles y nos enfadamos. La castidad, por otra parte, nos dice que, en ese proceso de buscar la unión con todo lo que está más allá de nosotros, debemos tener suficiente paciencia y respeto para dejar que el otro sea plenamente otro y que nosotros mismos seamos plenamente nosotros mismos.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/castidad-y-amor